

«E L nazismo está ahora de moda», se dice. Se dice, si, en impersonal, como nos parecen impersonales esos fantasmas del PENS, a los que, por su rara habilidad para permanecer en el incógnito y en libertad, deberíamos llamar los «Lutes de la política». Aunque su libertad también sea provisional, como todas.

¿De la política, o más bien de la brutalidad intelectual? Qué más da, ¿y quién va a ponerse, hoy por hoy, a razonar distinciones tan bizantinas? Sobre todo cuando estos muchachos, del PENS o de los años cuarenta, parecen ser los únicos que se interesan por los libros en este raro país del «¡qué país!». Aparte, claro, de quienes los escriben, editan y venden; pero, ¿no se tratará en ellos de una deformación profesional? Además, acaso la violencia sea un modo del pensamiento,

con la ilusión moralista de una horrible responsabilidad, la de tu respuesta aquí, como era de temer y me temo, o con la de la respuesta ajena, cuando no se intenta un efecto literario. En ambos casos se trata de una responsabilidad indeseable; afortunadamente, puedo jurar que a estas alturas del Watercloss-gate, o del último Premio Nobel de la Paz (al que las horas hicieron tan irónico), ya no sé quiénes son esos nazis. Cuando estoy deprimido, es decir, siempre, porque uno tiene que salir a la calle y aun a la intemperie, entonces y ahora pienso que todos lo somos. Les aseguro que no es muy agradable. Sólo puedo refugiarme en la alucinación de una escala que fuera de mi menos al más de los otros, pero una escala es una escalera: ¿y si yo fuera subiendo día a día de un menor a un mayor nazismo? ¡Vade retro! ¿No son los ni-

sario, claro)?, ¿son los que dicen que el nazismo está de moda, esas personas tan protegidas por el impersonal, o son más bien quienes lo ponen de moda?; ¿serán los que hablan sin tasa del nazismo, o los que nunca lo nombran?... ¿o, por fin, los que ni hablan del nazismo, ni de ninguna otra cosa, esa mayoría en el silencio?, ¿acaso a esta mayoría no se la supone (y se la propone) siempre un tanto nazi?, ¿pero no será que son los nazis reales quienes así la proponen (y la suponen)?

Y siento la tentación de nuevo de afirmar que sí, que todos lo son, mientras Juan de Mairena me susurra irónico: **Contra el género humano, a propósito del nazismo.** Porque sólo se me ocurre que no sea nazi... Juan de Mairena, nuestro último gimnasta de la sofística —y todo el mundo sabe, salvo acaso el mismo Juan de Mairena, que nunca existió

qué afortunados fueron los griegos: no tuvieron que padecer ese vago fantasma que hoy se pierde por la Tierra, ni el exceso de sus adjetivos: inorgánica, popular, americana, ¡sudamericana!...

Pero, ¿no inventaron los griegos la palabra y aun —es sólo una tímida suposición de erudito— el sistema político al cual correspondería? Siempre amé el humor ático y el gusto de Sócrates por lo concreto (por la filosofía, me dan ganas idealistas de decir), pero pienso que quizá no sea el humor ático tan semejante al de Pemán, como se afirma, y también que ya perdí la pista —aquí y ahora— de lo concreto. Por ejemplo: los griegos de aquel siglo, sin coroneles, concretaban lo abstracto del dios en los mitos olímpicos, tan terrenales, tan **carneales** incluso, y hoy nos abstraen lo concreto de una democracia, sublimándomola en el más

## UN INSOMNIO: LA MODA DE LO

como quisieron en su día el buen Nietzsche y el virtuoso marqués de Sade; en todo caso, no es imposible que ante la amenaza de la violencia nazi, les venga la tentación a los amenazados de pensar qué es eso del nazismo. Porque ya se sabe que nosotros, los intelectuales de Dios o del diablo, procuramos pensar lo menos posible; la vida es dura, y uno tiene que publicar algo o comprarse un tonel, como el cínic. Un tonel desastrosamente vacío.

Hace unos números de TRIUNFO, el inimitable Fernando Lara acababa su crítica de **Los diez últimos días** con la traca final de una sucesión de preguntas; eran de esa clase retórica de preguntas que no necesitan respuesta, algo así como: ¿por qué se habla del III Reich?, ¿qué hay detrás de todo eso y quién?, o, ¿quién habla?, ¿qué quiere?, ¿por qué habla bien y por qué habla mal?... A las que yo añadiría otras no menos retóricas, del estilo de: ¿quién dice que «está de moda»?; pero, ¿es que antes no «estaba de moda»?; y sobre todo ésta: ¿no sería lo mejor que se tratara sólo de una moda? Y pido luego a mis santones personales, a Fourier, a Kropotkin o a Salviochea, que el PENS logre su propósito y se ponga de moda; nada me tranquilizaría tanto, en mi paranoia particular, como el que no se hablara sino del PENS. Porque no es otra la razón, aunque patológica, de estas líneas irónicas.

Lo cargante de las preguntas, retóricas o no, es que te cargan

ños los únicos que se salvan de toda sospecha?; los niños, lo saben ustedes muy bien, son eso, niños, y basta ya.

«¡Basta ya!», eso se dice que dicen los nazis. Pero, ¿quiénes gritan con más fuerza?, ¿quiénes están en los altos de la escalera-escalera, en su punta? Les aseguro que no los tengo en la de mi lengua; en todo caso, siempre me asalta la horrible sospecha de que no se trate de mí mismo, de que quien haga allí equilibrios no sea yo, y mi circunstancia, y mis ten-

este deseado profesor de la Arte Retórica—. Porque son nazis los tontos útiles y los inútiles, los listos que se lo hablan y los listillos que se lo callan... ¡oh, horror!, ¿serán o no nazis Fernando Lara, y Eduardo Haro Tecglen, y Manolo Vázquez Montalbán?... ¡y Joaquín Ruiz-Giménez!, y, ¡ay!, el conde de Motrico, y, ¡ay!, el mismísimo don José María, ¡ay, ay, ay! ¿Cómo no agradecer a Serrano Suñer una fidelidad que nadie quiere ya compartir?

«Pero, escucha —me susurra un-

### PABLO FERNANDEZ-FLOREZ

taciones extremistas, pero no sé si me consuela o desconsuela el que otros, en vez de tentaciones, tengan tentativas.

No, nadie puede contestar a Fernando Lara, porque es de mala educación contestar a una pregunta cuando el que las hace no quiere que se le conteste. Imagínense lo que sería de las Cortes: otra vez el caos. La buena educación es vital para el buen orden; por eso, el Estado, que debe cuidarle, la cuida. Pero no el PENS. Yo les aconsejo que se cuiden, y ellos, que se anden con cuidado.

Aunque desearía que estas interrogantes de un insomnio me trajeran sin cuidado. No es así, y sigo devanando cuidadosamente el rosario de mis preguntas: ¿quiénes son los nazis, a fin de cuentas (de cuentas de ese ro-

tuoso mi demonio liberaloide—, ¿quién ganó la guerra: Hitler o la trinidad Churchill-Truman-Stalin?», y yo me respondo al borde de la comprensión: «¡Churchill! —mientras pienso en la Grecia de hoy, y de dónde nos vino y a dónde se nos va—, ¡Truman! —que libertó de su nazismo a tantos japoneses en Hiroshima y en Nagasaki—, ¡Stalin!», ¿o debería decir acaso Brejnev?

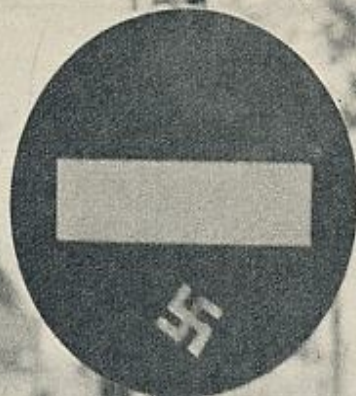
«Acaso no», pienso, y me guardo un minuto de ginebra y de silencio a la memoria de tantos muertos, a mi parecer, inútiles; a mi parecer, y me temo que también al de mister Nixon. ¡Ah, mister Nixon y las democracias! El otro día me dijo uno de esos pocos hombres sensatos que en la Grecia clásica nunca se dio una democracia real; tuve que darle toda la razón mientras pensaba

allá de su mito. ¿Quién la abstrae?; los nazis, desde luego, pero el nazismo nació ya abstraído en su propio mito. Esa fue su verdad, la de hoy.

¿No se hablará por eso ahora tanto de desmitificar lo real?, ¿o es que se pretende hacer de la desmitificación... otro mito? Porque nuestro lenguaje, tan político, es como el de una abeja que señalara la ausencia de algún jardín a unas ausentes compañeras de especie; es un lenguaje en el que la palabra y su invención desde el hecho se eleva al más allá del mito para privarla de su sentido concreto allí... Hoy, los mitos sólo son spots publicitarios, propaganda de guerra.

«De aquella guerra», me digo, ya consciente de que tuvo que llegar la hora de las dudosas respuestas, aunque sólo fuese porque es también la hora del sueño, o quizá de los dulces ensueños. Pero, ¿quién hace aquella guerra? Sólo un impersonal; la guerra se hace, como se dice, gracias al PENS, que se nos viene encima la moda nazi. Aunque me ponga a sospechar vanamente, aunque se diga por eso de las modas, que se nos van cuando aún no se nos han venido, en la «saison».

Se trata de **Une Saison en Enfer**, no se llamen a engaño: de la estación de los Estados, en la que lo impersonal concreto se abstrae a sus disfraces en el Carnaval de un mundo que se parte en bloques ficticios, acaso para que no se parta por dentro y en cada bloque, en sus bloques rea-



tificación persecutoria, se abstrae a sí misma, y sólo se condensa como un mito, que también merece el nombre de... nazismo. En aquella discusión, ya citada, sobre la realidad o no de una democracia clásica, la prueba más concluyente fue su división clasista entre los señores-ciudadanos y los esclavos, privados de tierra y de derechos. Hoy, todos somos esclavos de ningún señor, aunque sí de las muchas máscaras de lo impersonal.

¿Quién no es nazi?, acaso quien piensa **quién** es el nazi, acaso **quien** se esfuerza en traer al nazismo hasta lo concreto. «No hay aquí ni espacio ni lugar», ni yo soy un héroe, ni ustedes tan pacientes, pero no otra cosa quiso rozar este artículo; el nazismo no es sino la verdad vacía de las ideologías políticas, que en él se desvelan como formas de la paranoia, la consecuencia última de aquel exilio que Hölderlin descubrió como nuestra condición, el cumplimiento y la caricatura de todos los movimientos románticos, la imposible invención de una patria que sólo podía ser, allí, una nostalgia... No es extraño que los últimos herederos del romanticismo (Heidegger, Celine, Pound...) sintieran en el nazismo una tentación demasiado fuerte.

¿Podrá aquí la hipotética violencia del PENS liberar a la izquierda de la izquierda? ¿Llegará la izquierda algún día a pensar autocriticamente un fenómeno tan complejo como el nazismo, para así concretarlo y concretarse? Sólo conozco hasta ahora un intento serio: los trabajos que sobre el nazismo como ideología de la personalidad autoritaria llevó a cabo desde un punto de vista sociopsicológico la **Escuela de Francfort** durante su destierro americano.

Pero nada de nada, serio o no, en este país, que es el nuestro, acaso porque nada ocurre hoy de serio en la alegre y faldicorta España. O porque el nazismo no es aún tan abstracto aquí como en la rica Europa..., lo que dudo. ¿Cómo prendería en España, si apenas nos llegó de refilón el pensamiento o el arte romántico? Mucho me temo que pase pronto el susto y la esperanza del PENS, y las librerías se llenarán de nuevo de libros crepusculares, de bibliófilos peludos y del espectáculo de los precios.

Mucho me temo que pase el PENS y que no pase nada. Hasta la próxima. Porque acaso tengamos que reconocer en Hitler un gran profeta; acaso esta moda sí va a durar sus mil años. Pero a nosotros nos basta con que dure cuarenta. ■

les; en el Carnaval de los «partidos», la lucha de clases se niega como espectáculo exterior en el teatro de una sociedad también así negada.

Releo lo escrito y me doy cuenta de hasta qué punto puede confundirse con las tesis de aquel nazismo, que hizo de lo concreto un campo de concentración, y de los campos de concentración, lo único concreto, y, sin embargo, sólo es el esquema de un desarrollo tan lúcido como lo «fuera de toda sospecha»: el que realizaron con furia los energúmenos, o enragés, de la IS, año 68. ¡Pero no me saquen el mayo!

Aunque debiera pedir que no me sacaran del mayo, que es, apenas pasados cinco años, mucho más cómodo que aquella Comuna que ya afeitó las barbas del siglo, y pongamos las nuestras a remojar, porque es que las ciencias adelantan que es una barbarie. Las ciencias publicitarias, desde luego; líbreme Dios de una crítica no científica de la Ciencia y también de la Ciencia. La Ciencia es hoy el mito más abstracto, la construcción de lo concreto y personal en los reinos de lo abstracto impersonal: todo lo que dice la Ciencia se dice de lo real sólo como realización de la misma Ciencia. Alain Badiou, marxista y matemático, llevó al extremo las tesis de su maestro Althusser con esta última e inequívoca afirmación: «La Ciencia se construye sin necesidad de un sujeto que la construya».

Lo que hace fuerte esta afirmación antihumanista es que no es una mala descripción de lo que ocurre, de lo «real de hoy». ¿Qué influencia tuvieron las ideas heroicas de un Oppenheimer, o las que suponemos —con un cierto retraso— en un Sajarov, a lo largo de su trabajo para la destrucción?, ¿influyeron de algún modo en el resultado acaso?, ¿hubiera sido distinta la bomba si se hubieran adelantado los científicos nazis?

Así, por fin, se echó ya el cierre sobre el pensamiento crítico de nuestros siglos, pues todo él puso de relieve el sujeto a través de la pregunta ¿quién? Pero ya no hay **quién**, sólo **qué**. El pensamiento negativo, o que se quiso libre, o que se imaginó revolucionario, se ha cerrado en la pura descripción positiva, en la que sólo lo que ha pasado puede pasar y debe pasar. Los pocos intentos críticos sólo pueden sostenerse en lo heroico de su imposibilidad, en su carácter irracional. Momento en el que Nietzsche llega a parecernos el único pensador crítico de esta hora, con la excepción de Hölderlin, que pareció adivinarla desde su lejanía. Perdonenme el farrago, que no es del todo innecesario. Porque, ¿qué sentido tiene esta pregunta, **quién** es el nazi, cuando este **quién** sólo es la alucinación de un sujeto que pensaría una ideología, el nazismo, que ya viene predeterminada por una infraestructura objetiva, que sólo es real en causa a un **qué** concreto?, ¿y qué sentido tiene preguntarse por

el del nazismo, cuando, en el movimiento de abstracción ideológica, el nazismo se vacía en un mito abstracto, cuando se pone como la abstracción de todo el pensamiento romántico, desde Hegel y Marx hasta Sade, Nietzsche y Hölderlin? El nazismo llega a ser así un mito vacío de la izquierda, tanto como el «comunismo libertario» lo es de la derecha. Y en esta época de las ideologías paranoicas, que sólo se determinan a través de la persecución por parte de un «Ellos» indeterminado, ¿qué más nos da, por fin, **quién** personaliza al «personal», a lo impersonal enmascarado, quiero decir? Porque al **personal**, al que se le enmascara o a quien es enmascarado, ¿**quién** lo enmascara?; «lo impersonal», se me responde, pero yo oigo: «Lo abstracto, con abstracciones, a su abstracción, para abstraerlo».

El nazismo es la culpa de la izquierda cuando la izquierda, como hoy, se aferra a su delirio paranoico en busca de una unidad concreta; el nazismo es, entonces, la vacía abstracción de su Otro, y «la muchachada del PENS» se desvela como la prole, culpable y nunca reconocida, de la misma izquierda a la que ataca, como la realización política de la alucinación que justifica una política «de izquierdas». Y así, engendrado en un desconocimiento, no es extraño que el PENS se desconozca a sí mismo, porque no es, después de todo, más que otro «grupo» izquierdista.

Como la izquierda, en esa mi-

trunfo